



Los Derechos de esta Versión digital para este formato .pdf fueron cedidos por el Autor (18-02-2013).

-¡Tranquilo Cipolla... no temas! ¿Acaso puedes creer en las revelaciones de Fátima? ¡Tal vez la misión de la Virgen fue llegar a tiempo para evitar que el autoritarismo se apodere de Portugal!

Pbro. León Maglione

1

- Imagínese Sor Pascualina, mientras el nazismo impregnaba hasta los más sencillos actos cotidianos, yo vivía mis aventuras bíblicas explorando el bosque en soledad, pretendiendo encontrar y derrotar a los **gnomos** que habitaban en las cuevas, a las que yo llamaba cavernas de demonios; en esos sitios terroríficos daba muestras de valor recitando con la máxima gravedad que mi frágil voz me permitía: "Nosotros somos el verdadero pueblo de Dios, ¡afuera hijos de Satanás!"... Y de allí salían espantadas las aves negras y pequeños pajarillos parecidos a langostas. -La monja escuchaba, disfrutaba, no la historia en particular sino ser tenida en cuenta, premio que justificaba cualquier esfuerzo por servir al alto dignatario de la Iglesia. Joseph lo sabía y florecía su relato: -En esa época ya estaba enterado de lo que sufrió mi padre por haber estado al servicio del poder estatal. Sabía perfectamente que el régimen espiaba y tenía bajo control a los opositores, incluso a los sacerdotes; fue una sensación de asfixia que se agravó cuando se dieron a conocer las aberraciones cometidas a través de la campaña de eliminación de disminuidos mentales, salvajismo que sentimos en carne propia cuando asesinaron a mi pequeño primo Thomas. El Estado había dicho que se ocuparía de él, de darle una atención conveniente, pero al contrario, desapareció para angustia de las almas nobles, y nada se supo de él hasta que su cuerpo fue encontrado carbonizado... Tenía solo doce años.

- ¡Qué horror! -exclamó la monja, como si recordase algún pasaje de su propia vida.

Hizo caso omiso a la reacción de la mujer, y siguió relatando con cadencia de sermón. -Lo sucedido me alteró de tal forma, que sufrí cambios de comportamiento; el hecho de haber visto la muerte tan de cerca, sin querer me empujó a buscar satisfacciones más allá de las clases de catequesis. Mis idas a la panadería para ver a una joven múniquesa llamada Gerda se

volvieron una obsesión. Todos los días pensaba en ella, dándome ánimos con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Al escuchar el relato, la monja se levantó de la silla y tomó unas carpetas para proseguir con sus labores.

- ¡Siéntese! –ordenó-. -Los dos queremos conversar...

- ¡Sí, su Eminencia!

- Una tarde de invierno me encontré solo en la panadería y decidí explorar la cocina con la esperanza de hallar a la joven. Me adentré en un oscuro pasillo que llevaba al depósito, donde bastaron unos pocos pasos para sorprender al enorme horno de pan, queriendo devorar a Gerda, ella estaba acurrucada, iluminada por el fuego. Por primera vez la sentí frágil como el perfume de los nardos que precede a la aparición de la Virgen... quedé extasiado de placer al contemplarla envuelta en un destello dorado; instante en el que dejó caer el enorme rodete que la coronaba, provocando una llamarada alucinante que dio brillo al espejismo. Tenía el cuello y parte de la espalda, desnudos, y yo, transpirando y temblando ante semejante milagro.

Ratzinger calló subrepticamente, quizás la revelación de sus intimidades le hubiese producido un sofocón, una suerte de vergüenza que pudo superar con un prolongado sorbo de agua. Luego continuó: -¡Le decía!... al ver a Gerda, me asaltó una dulce sensación de gula que en vano quise ignorar; ese pecado era una gratificación ilegal que no obtendría disculpa del todopoderoso, aun así me armé de valor para seguir observándola... ¡Pascualina, a mí sólo me confiesa el Papa, esto es sólo historia antigua!

- Si, Eminencia. –Respondió con voz de mujer que canta boleros.

- ¡Ah, qué tiempos aquellos!... Salí de la panadería corriendo como un gato perseguido por una jauría, estaba escandalizado por lo impuro de mis pensamientos y fui presa de un escalofrío que pude superar al recordar las enseñanzas de la Biblia: "*que por la mujer comenzó el pecado y por ella moriremos todos*". Finalmente, yo no era culpable.

- ¡De ninguna manera! –respondió para solidarizarse con el ilustre prelado.

- ¡Así es la vida, Sor Pascualina! Mis padres estaban desesperados ante mi irresponsabilidad, ellos supieron de la joven panadera, gracias al sistema de **dimes y diretes**. *¿Dónde estabas Joseph?...* ¡Sabes que el bosque es peligroso durante la noche!, me reprendían, y yo les explicaba que mis

ausencias se debían a las horas de reflexión acerca de mi ingreso en el Seminario... *Por mi voluntad y para complacerles, dedicaré mi vida a Dios*, recitaba casi diariamente para aliviarlos, ya que ellos me habían preparado para el sacerdocio con inocultable pasión, así fue como ingresé en el seminario de San Miguel, coincidentemente con mi revolución hormonal y con el avance del ejército nazi. -Se levantó, y entrelazando las manos por detrás de la cintura se acercó a la ventana para seguir contando la historia de espaldas a su servidora.

- ¿Lo dejo a solas, Eminencia?

- ¡No es necesario!... Como le estaba diciendo, la adolescencia habrá sido responsable de mi excitación, seguramente exacerbada por los filmes de la propaganda de guerra, en especial cuando los cañones escupían su carga destructora. Todos fuimos, inconscientes o no, partícipes de la hecatombe, con mayor o menor grado de responsabilidad... hasta yo me imaginaba como un héroe, regresando del frente de batalla cubierto de medallas y rodeado por los brazos de Gerda. ¡No, Sor Pascualina, no anote lo que cuento, esto no tiene valor alguno!

- ¡Eminencia, son sólo recordatorios para el trabajo del día!

- Sabe Sor Pascualina, éste año no celebré convenientemente la festividad del santo emperador Heinrich II y de su esposa Kunigunde... ¡tal vez una cena apropiada y una lectura reflexiva!

- ¡Lo que Usted disponga, Eminencia!

- Hablando de reflexionar Sor Pascualina... ¿Ya es la época del atún?

- ¿Tiene hambre, Eminencia?

- ¡No!, ¡no es eso!... es que estamos en octubre –señaló mientras una hoja cobriza volaba del otro lado de la ventana- y con el frío llegan los alimentos que nos ofrenda el océano oscuro e impenetrable. –Las palabras de Ratzinger aceleraban la respiración de la monja y parecían llevarla a un trance extático-: -Yo era un elegido, ya que estaba a salvo entre tanta masacre, y fui consciente de ello cuando cierto día soñé que un oficial de la Roma imperial se me presentó y puso fin a mis sufrimientos. Lo sentí como a un ser resplandeciente que me empujaba hacia el camino correcto: me dijo con voz paternal, *que yo era un iluso, que la lucha contra los judíos refugiados en Masada pronto terminaría, y que debía desterrar de mi existencia, el humor y la comicidad, porque en el mundo futuro no habría sitio para ellos.*

- ¿Una visión profética, Eminencia? – Adivinó la monja, ante la imposibilidad de comprender la dialéctica del pastor alemán.
- ¡Seguramente! Lo que en un principio pensé que había sido un sueño, más tarde se me reveló como una verdad, el oficial romano que llegó hasta mí fue mi querido primo Thomas; esa revelación me permitió saber que su trágica muerte fue compensada con la vida eterna al lado del *Creador*.
- ¡Me conmueven sus palabras!
- No son para impresionarla hermana, sólo trato de recordar que mi vocación religiosa fue parte de mi destino. Por eso, cuando deserté del Ejército no dudé un solo instante sobre lo que estaba haciendo. ¿Sabía Usted que fui reclutado como soldado en el escuadrón antiaéreo?
- ¿Y Usted desertó?
- Fue una actitud arriesgada, ya que los desertores eran ejecutados en el momento, o ahorcados en público. Era claro que la aventura nazi terminaría al cabo de unos días para dar lugar a una nueva era, donde las fuerzas de la oscuridad pelearían entre ellas. Mis premoniciones se fueron confirmando al arribar el otoño, con sus árboles cargados de escarcha sobre el telón de fondo de las montañas. *Pocas veces había sentido la belleza de mi tierra tan intensamente como en esta vuelta a casa desde un mundo desfigurado por la ideología y el odio*".
- ¡Qué bella imagen, Eminencia!
- Fue para mí como si una voz desde lo alto me dijese: "vas bien, vas por buen camino" Y así fue, más tarde Él me rescataría del campo de prisioneros que instalaron los americanos, permitiéndome cumplir con la vocación sacerdotal, en compañía de una legión de seminaristas en el monasterio de Frisinga. *No es bueno ser supersticioso, pero en el momento en el que el anciano arzobispo impuso sus manos sobre las mías, un pájaro -tal vez una alondra- voló sobre el altar mayor de la catedral y entonó un canto gozoso.*
- Eminencia, su vida tiene un valor incalculable. ¿Ha escrito sus experiencias?
- No, en esa época mi único compromiso fue propagar el catolicismo con la pasión de quien está llamado a ser un líder. Así lo hice, inmerso en el círculo de miseria que nos envolvía, intentando contrarrestar el bombardeo de las películas de Hollywood, que exponían la abundancia del capitalismo como dulce e irresistible tentación, cuando nuestra realidad se correspondía con el neorrealismo italiano del "*Ladrón de bicicleta*"... ¿Vio la película?

- ¡No, Eminencia!, no me gusta el cine.
- ¡Usted se ha perdido muchos placeres Sor Pascualina!
- ¡Seguramente! Pero con todo respeto, y disculpe mi irreverencia, Su Eminencia debe haber desperdiciado muchas posibilidades...
- Mi única posibilidad fue, ¡y es!, esforzarme en la tarea que se me encomendó... ser artífice de la reconstrucción moral y de la derrota del comunismo. Para ello tenía que encontrar aliados entre quienes hubiesen conocido los embates de la bestia rusa. Soñé con ese aliado imaginario, y de la misma forma que se me presentó el oficial romano, años más tarde, durante la Asamblea Sinodal de la Catequesis de 1977 me encontré con Karol Wojtila.
- ¡Discúlpeme, Eminencia!, ¿Cuál es la diferencia entre fe y obsesión?
- ¿Está obsesionada por algo?
- ¡No, Eminencia!
- Mi obsesión se basaba en mis convicciones... en la fe. La gente percibía eso, y me transformó en una masa celestial que adosaba apoyos incondicionales. Los años en el seminario y mis estudios de teología en el *Herzogliches Georgianum* pasaron fugazmente, yo prefería el contacto con los fieles.
- ¡Tantas demostraciones de amor al prójimo, y tanto compromiso con el pueblo de Dios! ¡Qué injusta la prensa al insinuar su simpatía con el nazismo!
- Así es, pertenezco a un pueblo que tiene una relación muy complicada con su pasado,
- Su Eminencia, ¿qué pueblo no lo tiene?
- ¡No, hija mía!, en pocas partes se utilizó con tanta eficacia la memoria selectiva; en los primeros años de posguerra la gente suprimía los malos recuerdos para lograr el reencuentro familiar. Fue la única forma de controlar la muy fuerte tensión entre los antisemitas y los socialdemócratas... una fórmula que permitía que se reconociesen las culpas sin culpables.
- ¡Tal vez sea una cuestión de orgullo! –señaló la joven mientras acomodaba libros y papeles sobre el escritorio.

- ¡Ignorancia! El alemán común y corriente no supo nada de responsabilidad hasta mucho después, cuando se vio obligado a vencer al comunismo que se había posicionado escandalosamente, luego de los oscuros días del 68, jóvenes ignorantes que regalaron el espacio y la libertad conquistada al marxismo tiránico, brutal y cruel!... ¿Y para qué?, sólo para acabar enfrentados con padres y abuelos, y con la infaltable pregunta: *¿Qué hacían ellos durante el régimen nazi?*

2

Sor Pascualina era una buena conversadora, *tanto como un cuervo* -dijo de ella un Nuncio, quien no parecía referirse a su forma de hablar, sino a su nariz huesuda, y a su andar de pájaro enjaulado. Mujercita que fue desarrollando locuacidad, gracias a diálogos fugaces en los breves encuentros durante el servicio del desayuno, o prestando atención como eficiente mucama en las reuniones de Monseñor Ratzinger con sus adeptos. Ella lo observaba con escandalosa admiración, llegando al extremo de deleitarse oliendo las prendas íntimas... medias, camisas, pijamas. No había perversión tras esa manía, solamente el convencimiento de atribuirle a su buen olfato, la capacidad de asimilar algo de la sapiencia del sabio a quien servía.

Su inteligencia práctica no daba lugar al espíritu crítico, y nunca comprendió a cabalidad las consecuencias del haber sido criada en una casa de ateos mexicanos. Jamás sintió la curiosidad de entender a aquellos protectores, a los que amó con desinterés y a quienes tuvo que abandonar como consecuencia de la contagiosa pobreza de su pueblito de frontera. Sor Pascualina –Bienvenida Urquijo- pertenecía a una congregación de hermanas preparadas con rigor, para servir con impecable eficiencia al alto clero, ya sea a los Nuncios de su Santidad, como a jerarcas jubilados. La sola recompensa era que le dirigiesen la palabra, ya fuese una orden o una simple pregunta que le permitiese entablar un diálogo de dos frases. Eso, implicaba el disfrute de vincularse con el poder de la Iglesia.

Quién más que ella, formada en la *Congregación de las hermanas de la Pureza de la Virgen María*, -escuela de obediencia y sumisión al sacerdote-,

podría entrar en la habitación y acariciar la frente del Monseñor con un trapo húmedo cuando las fiebres místicas ocurrían. Calenturas que lo hacían temblar y gemir frases incomprensibles para cualquier mortal, menos para Sor Pascualina, joven misionera que lo venía acompañando, desde aquel momento en que un diplomático de la Santa Sede en El Salvador la transfirió a Alemania, a modo de ofrenda. Eran tiempos en los que Monseñor actuaba como consejero teológico principal del Cardenal Frings de Colonia.

Cocinaba, ordenaba el dormitorio, incluso a veces escuchaba escondida tras la puerta alguna melodía de Mozart, interpretada con la pasión que Joseph imprimía a cada uno de sus actos. Para ella, la vida le había dado el mejor regalo posible; servir a quienes se dedican a Dios... ¿Quién sino Sor Pascualina, soportaría el olor del queso Münster, debilidad de Joseph Ratzinger, que nunca faltaba en la heladera? – *“Es el mejor recuerdo que traigo de la Universidad”* –decía él, mientras se deleitaba.

Devoró tanto queso como títulos académicos y puestos eclesiásticos; distinciones que justificaban las expectativas que crecían a su alrededor, prueba de ello fue su nombramiento como Consejero Teológico de los Obispos alemanes y como Arzobispo de Múnich y Freising, cargo para el cual eligió un lema de compromiso “Cooperador de la verdad”.

- Eminencia, ¡Qué orgullo y satisfacción que me haya permitido servirle!
- ¡Sor Pascualina, no me sirves a mí sino al Señor! –respondió, apoyando la palma abierta sobre la mejilla ruborizada de la mujer.

3

Cuando Juan Pablo II lo impuso como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, ya tenía más méritos y medallas que un general soviético; fue en ese tiempo cuando mejor expresó sus pensamientos. Dicha institución, sucesora de la antigua "Sagrada Congregación de la Romana y Universal Inquisición", fundada en 1542, se vio fortalecida por el cardenal Ratzinger, quien le reasignó el poder que el Concilio Vaticano II había suavizado.

Se lo conoció por la severidad con la que se desempeñó en el cargo de guardián de la doctrina católica, y se ganó la fama de una especie de moderno inquisidor. Especialmente con los latinoamericanos encandilados con la Teología de la Liberación.

-¡Que bella fue la tempestad que provoqué antes del fin del pontificado de mi predecesor!

-¡Seguramente por eso le crearon injustamente la reputación de intransigente!

-Imagínese Sor Pascualina, ¿cómo no luchar contra las interpretaciones erróneas producidas por un ecumenismo mal entendido plagado de visiones inaceptables, extendidas dentro del propio mundo católico.

- No estoy en condiciones de imaginar esa problemática, Eminencia.

- ¿Recuerdo la reacción de los personajes... esos carismáticos personajes, líderes de neomovimientos ocultos en diócesis importantes. Cuánta suciedad hay en la Iglesia, e incluso más entre aquellos, que en el sacerdocio deberían pertenecer enteramente a Cristo.

- ¿Se refiere a los Legionarios de Cristo?

- ¡Sí, entre otros a ese cura mexicano... Maciel! Con su castigo di una orientación a los obispos, aplicándole la demanda "*Absolutionis complicitis...*) *Rev. Marcial Maciel Degollado*". – Sentenció el Cardenal con los ojos entrecerrados para ayudar a la memoria.

*

Una visita inesperada.

La especial deferencia que daba el cardenal a su mucama pudo haber sido interpretada por ésta, como una licencia para que ella tomara la iniciativa de solicitar unos "breves momentos" para unas parientas llegadas desde la península de Yucatán. -Eminencia, ellas se prepararon con mucha anticipación, ahorrando y privándose de muchas cosas para poder conocerlo. El cardenal sabía de la reputación que le otorgaron como protector de una humilde centroamericana, a quien elevó desde lo profundo de la desesperanza hasta la cúspide del conocimiento, y por lo tanto entendía la admiración que las parientas sentirían por el.

El departamento del *purpurado* fue adornado con flores para recibir por unos minutos a la *comitiva*. El no modificaría su rutina sabatina, seguiría con la

lectura de algún libro de filosofía, sin descuidar los expedientes de la Comisión para la Doctrina y la Fe.

La morada estaba despertando de una larga siesta, cuando a las dieciséis y veinte, Sor Pascualina informó: –Eminencia, mis primas ya están aquí. El cardenal tuvo una primera intención fallida de postergar la entrevista, pero consciente del sacrificio realizado por las mujeres, levantó la mano derecha dando a entender que en cualquier momento estaría con ellas.

Habían pasado cuarenta minutos, cuando Joseph Ratzinger ingresó en la sala donde regularmente recibía a embajadores, políticos y poderosos empresarios. Las damas vestidas de negro llevaban mantillas como símbolo de respeto

-Bienvenidas Señoras... ¡Pero esta es una visita amigable! – dijo, aparentando interés por conocer sus caras.

Estaban sentadas una al lado de la otra, acompañadas por los gatos del cardenal; bestias silenciosas que parecían narcotizadas por los masajes de las Damas.

-¡Veo que han hecho amistad! –Señaló su Eminencia, interrumpiendo el idilio animalesco, mientras hacía crujir la curul ubicada en el centro de la sala. – ¡No hay que acostumbrarlos a las debilidades humanas! -les advirtió, con un tono de voz que parecía impregnado de celos-. Luego ordenó a Pascualina, *puede traer el ambigú*.

Por dar el gusto a la autoridad, o tal vez como gesto de confianza, Magdalena se sacó la mantilla dejando al descubierto su fealdad. Tenía, en las mejillas manchas de colorete, y rimel barroso en las pestañas. *Vano esfuerzo por ocultar la timidez* –pensó el cardenal-. Inmediatamente, Ananeglis la imitó, exponiendo los sufrimientos que no pueden maquillarse.

-Su eminencia ha sido muy generosa en recibir a estas viejas damas – dijo Magdalena, y prosiguió. -Tenemos una foto suya sobre la cómoda... al lado de las imágenes de *Chac* y de *Cuahcítuatl*. Nuestras oraciones se dirigen a ustedes.

El cardenal se sorprendió ante el osado paganismo de las indígenas, y decidió seguirles la corriente. -Déjenme decirle que desde hace tiempo tengo curiosidad por saber algo más de mi asistente... -dijo amablemente el experimentado prelado, sin poder disimular la voz pegajosa, empalagosa, a causa de la desinhibición que lo estaba poseyendo; alteración que pareció percibir Ananeglis, quien sonrió como si la estuviesen cortejando en una feria popular.

Con esa amigable confrontación las caras inexpresivas comenzaron a emitir muecas, que resultaron suaves impulsos eléctricos aplicados sobre la nuca y la libido del cardenal.

-¡Señoritas, me alegra tenerlas aquí! – dijo eufórico, como si ellas fuesen el producto seleccionado en un remate de esclavos. -*¡Fa caldo!*-

agregó, mientras se secaba la transpiración, dándole suaves golpes de pintor impresionista a la amplitud de su frente pétrea.

Seguramente, el calor de las velas humeantes derritió la pintura de las pestañas de Magdalena,

y comenzó a chorrear sobre los párpados, tiñendo las ojeras como si fuesen charcos de petróleo donde hundiría la mirada. El amplio living se llenó de oscuridad, anticipando el comienzo de una tormenta veraniega.

-¡Disculpen Señoritas, estamos con poca luz... las mandaré encender!

-¡Así nos gusta!...Y también a Su Eminencia. –sugirió Magdalena. - Ahora, cuéntenos Usted, ilustre Señor, qué siente por nuestra parienta.

La desfachatez de la pregunta silenció a Ratzinger, quien instintivamente sospechó, que estaba en presencia de seres burlones. Las relacionó con las brujas incineradas por la Inquisición. Pero Magdalena y Ananeglis no parecían atormentadas, sino por el contrario, era él quien sufría el tormento brutal de sentirse abandonado en su propio hogar.

-No tengo nada que decir de ella – murmuró con la lengua torcida a consecuencia de los efectos de un vaho vaginal que comenzaba a impregnar el refinado y casto salón. Joseph nunca había sentido esa fragancia. Alguna vez, tan sólo algunas pocas veces, la efervescencia del champagne le había estimulado deseos inapropiados.

-¿Nada que decir? – respondió Ananeglis, de pie a su lado, frotando impudicamente el hombro del anciano.- ¡Anda, dime Joseph!, ¿Qué sientes por Pascualina?

Ratzinger intuyó, que estaba dialogando con emisarias de los pervertidos teólogos de la liberación, y reaccionó gritándoles -¡Blasfemias de bruja salen de tu boca!... ¡Esa india servil nada es para mí! – Y fue aplacando de a poco la voz, al tomar conciencia de estar entibiando una mano en el muslo de quien lo acosaba.

-¿Y por qué me tocas... acaso no soy india también? Le dijo socarronamente, para luego maldecirlo -***Pascualina será tu salvación.***

El cardenal tuvo una visión que lo conmovió, al punto de creerse a expensas de dos indias viajeras del tiempo; temeroso de ser utilizado por fuerzas demoníacas gritó con el alma... Pascualina, ¡Pascualina! –Pedido de auxilio de rancio aliento sacerdotal.

*

El día domingo comenzó con un sobresalto, a consecuencia de los maullidos de las *criaturas* del cardenal; bestias aterciopeladas que se abalanzaron

contra la ventana, en el momento que Sor Pascualina espantaba a dos palomas negras que buscaban refugio tras el vidrio.

- -¿Le ocurre algo, Eminencia? – preguntó la monja mientras acercaba la bandeja del desayuno.
 - ¿Qué? –respondió a duras penas, dando un forzado revolcón para lograr despertar.
 - Durmió mal?
 - ¡No, no!... ¿Dónde están sus parientes?
 - Siento gran vergüenza, su Eminencia, pero no logro comprender por qué no vinieron.
- - ¡Pero...! –reaccionó, agachando la cabeza para que la monja no percibiese el desconcierto que lo agobiaba. ¿Habría sido un mensaje revelador sobre la identidad de Sor Pascualina, o simplemente una pesadilla de la cual ni un futuro Papa está exento?

Ese día tendría una entrevista con Juan Pablo II, y para entonces, debería superar los efectos del absurdo sueño que lo contaminaba aún. Con las fuerzas debilitadas volvió al trabajo, obligación que resultó ser el mejor antídoto para borrar de la memoria los malos momentos pasados. Así, con el transcurrir de la jornada las preocupaciones se fueron centrando en las cuestiones de Estado, y unos minutos antes de la hora marcada, el cardenal lucía nuevamente el control de sus cabales. Vestía ligero con ropa veraniega confeccionada con el arte del sastre Gammarelli. El chofer le abrió la puerta del *Mercedes* y se dirigieron desde la plaza de la *Cittá Leonina* hasta la cercana residencia del Papa.

4

En la tercera planta, perdida en la suntuosidad del palacio apostólico vaticano, se encuentran las dependencias privadas del Papa polaco; a una de éstas, el pontífice había logrado darle atmósfera hogareña; en ella las reliquias no irradiaban solemnidad, los hábitos austeros se imponían en los gastados sillones y en unas pocas artesanías, recuerdos de la gratitud de los hijos de la madre patria. Juan Pablo II le restó pomposidad a los ambientes del museo que habitaba; pero como el Obispo de Roma recibiese visita, su asistente -el cura Leo Maglione-, una especie de amo de llaves que competía con una monja cracoviana, pretendía dar realce a las reliquias, expresando

adrede su rechazo al “mal gusto”; el Papa lo reprendía jocosamente. – *¡Lo voy a poner bajo la tutela de mi mucama!* – acorralándolo como a un diminuto roedor; a sabiendas de estar formando un perfecto obsecuente. La sumisión extrema de Maglione era sospechosa por excesiva, lo cual entretenía al papa como en aquellos ensayos teatrales en tiempos juveniles.

Como ocurría regularmente, dos veces por semana, a Joseph Ratzinger se lo invitaba a una cena privada, y Maglione sabía muy bien qué quesos y vinos servir en la ocasión y que no habría de alejarse demasiado de los comensales, no sólo por prestar el mejor servicio, sino para no perder detalles de la conversación.

- Cuando ya no esté, me gustaría que mis ideas quedasen como aporte constructivo –susurró Juan Pablo II, con la modestia de quien tiene el hábito de rezar de rodillas, mientras que su tembleque mano derecha jugaba con las migas dispersas sobre el mantel.

- Santidad, Usted construye permanentemente, y estoy seguro que nos seguirá guiando... ¡esté donde esté!

- ¿Y dónde estaré?

- ¡En el paraíso, Santidad!

- ¿Se refiere a la platea alta de la ópera? –la ocurrencia del Papa estalló en una carcajada dolorosa y ronca, como si acabase de recibir el balazo en la plaza de San Pedro. Hizo silencio, y comenzó a “respirar los recuerdos” de la brisa fresca de la montaña, para luego afirmar:

-Soy hijo de esta época, y si bien este es mi momento, se impone la necesidad de hallar sucesor, el alter ego que siga la obra realizada... ¿por qué no, alguien como Usted?

- ¡Soy un siervo de Dios, a Él me debo Santidad!... ¿Cree que este siglo es un mal siglo? –Preguntó torciendo la conversación con la brusquedad de quien da un volantazo para evitar un accidente callejero. A Juan Pablo II no le sorprendió lo esquivo de Ratzinger.

- Sí, pero la humildad mi querido Joseph, nos obliga a callar, de lo contrario deberíamos reconocer que vivimos en un mal siglo, – respondió muy cortésmente el Papa.

- Usted es un hombre humilde, que sin embargo no calla...

- No se puede estar en silencio cuando se han tenido interlocutores como Ronald Reagan... recuerdo nuestros diálogos, y comprendo que ésta no es una edad de oro.

- Fue dura la lucha por derrotar las obscenidades del comunismo. ¿Cuántos hombres fueron conscientes de ese deber?

- ¿Cuántos?... eso no importa, no podemos tener en cuenta el pensamiento innoble de las muchedumbres, no somos ingenuos, admitimos que en cuanto al espíritu del hombre sabio, la aristocracia se reserva el lugar de privilegio.

Lo que queremos Usted y yo, es vivir... No tenemos tiempo para debatir con insensatos.

- Es cierto, ¿qué clase de vida Santidad?
- La vida de los pocos...
- ¿Cree Usted que perduraremos...?
- Joseph, Usted tiene una personalidad que jamás podrá extinguirse.
- ¡Santidad, no me atrae la eternidad!
- Felizmente contamos con aliados atemporales... con el legado de los Santos, con nuestro sacerdocio comprometido con la pureza de hombres dedicados solo a Dios.
- ¡Demasiados Santos y Beatos! –protestó Ratzinger, entibiando la cara con el té de *ginseng* que humeaba en la taza.

No era la primera vez que corregía al Papa, ya lo había hecho, cuando en tono de broma, Wojtyla había afirmado que *Dios no sólo es padre sino también un poco madre...* Parecería que el cardenal siempre fue quien tuvo la última palabra.

Finalmente, ¿fue Benedicto quien sirvió a Juan Pablo, o fue Juan Pablo el servidor? Compartió su visión del mundo, de las relaciones entre el reino de Dios y las potencias terrenales. Por eso, lo llamaba "mi amado predecesor», ya que eran como hermanos mellizos que luchaban fraternalmente por saber quién llevaba la iniciativa: doctrinalmente, parecían no tener diferencias, a veces uno, a veces el otro, ambos proponían y hallaban la fórmula ideal para expresar una idea.

-¿Desearía queso, su Eminencia? – interrumpió León Maglione, esperando ganar la mayor consideración del sucesor al trono.

El alemán se encaminaba decididamente al papado, apoyado en intereses superiores. La preferencia del Papa polaco nunca fue un secreto dentro de la *claque* vaticana, ni su convicción acerca de la necesidad de una reconciliación entre sus dos pueblos.

*

- El Papa cree que me está nombrando su sucesor, cuando ya todo está resuelto... ¡si fui yo quien fortaleció al catolicismo! ¡Así lo entienden mis pares! –Ratzinger detuvo su elíptico andar y dejaron de sonar las maderas del piso; se dio unos segundos para mirar la noche estrellada desde la ventana, y siguió ensayando el discurso: -Juan Pablo perdió la brillantez... ¿O cómo podría explicar, su afirmación respecto a que "el marxismo encierra parte de verdad"?... ¿acaso tenemos que releer *La Crítica al capitalismo*, que su inmadurez le llevó a escribir? ¡Pero este viejo amigo y aliado se está muriendo... y Roma está más linda que nunca!

- ¡Está linda para recibir al Sucesor, Su eminencia! –aduló Sor Pascualina.

El Cardenal se alteró, pues creyó estar a solas. Mimetizada en la oscuridad descubrió a la monja, como si entre tanta negrura hubiese algo más que la complicidad de lo invisible. ¿Pero, qué más daba otra violación a su privacidad de parte de Pascualina? *-Es como si le contara secretos a una mascota* – pensó, y de inmediato languideció al recordar la maldición que la india Ananeglis le lanzó durante la ensoñación.

- ¡Buenas noches Eminencia! –se despidió sumisamente, consciente del desatino cometido. Benedicto no tuvo ánimos para responder, él sólo aspiraba a una cuota de tranquilidad que le permitiese disfrutar de sí mismo. Fueron necesarios varios minutos de meditación para olvidar la incómoda situación pasada, hasta que llegó la calma reconfortante, que provenía de lo más profundo de la madrugada. Era tiempo de la rutina de sus largos paseos entre el dormitorio y la biblioteca, estaciones de un inalterable y perseverante recorrido. Pero esa noche, la sequedad del aire le obligó a variar el itinerario y dirigirse al área de servicio en búsqueda de un trago de miel.

Encontró la cocina cortada en dos por una franja de luz que nacía de una puerta mal cerrada; claro indicio de alguna actividad vedada... Eran las tres y cuarto y el ambiente aún olía al pan horneado en la merienda. Se acercó con sigilo, a sabiendas de estar invadiendo dominios de Sor Pascualina; hurgó como lo haría un niño y descubrió a la noctámbula monja ocupada en tareas domésticas. Le iba a ordenar “retírese a dormir” cuando vio cómo desplegabá unas medias que él había usado la jornada anterior, las estiraba con las dos manos y se las pasaba por el cuello como si fuese un *foulard*. Benedicto se conmocionó cuando la mujer, luego de arrugarlas, las olió como si el aroma de sus pies sudorosos fuese un elixir irresistible. ¿Qué le restaba?... ¿castigarla? Mientras Joseph dudaba, Pascualina repitió la escena con más intensidad, dejando escapar un gemido.

Se sintió deseado, apetecido, ultrajado e indignado, y aun así no pudo controlar una suerte de endurecimiento. Avergonzado, decidió recluirse en su lecho hasta muy entrada la mañana. Sólo durmió algunos minutos, ya que lo trastornaba la pesada carga de saberse deseado por alguien sin merecimientos. Sin embargo, tenía que enfrentar la situación que lo sobrecogía y coger al toro por lo cuernos, para lo cual la citó a su despacho en horas de la siesta.

El Papa, habría estado mirando por la ventana de su pieza en el momento de su muerte; la que lo tomó con la serenidad de quien sabe que la vida continúa.

Juan Pablo II murió de un colapso cardiocirculatorio, informó el Vaticano. La noticia afectó incluso al turco que atentó contra su vida. *Está en duelo por la muerte del Pontífice, al que consideraba un hermano*, dijo un familiar de Agkha.

El Centro Televisivo Vaticano mostró el cadáver, expuesto en la Sala Clementina de la Santa Sede, donde fue honrado por la Curia romana y las principales autoridades italianas. El cadáver estaba vestido con túnica roja y llevaba una mitra blanca. Entre los dolientes estaba el primer ministro italiano y varios jerarcas vaticanos.

El día 19 de abril de 2005 se produjo la elección del nuevo Pontífice; fue en la cuarta votación, en el segundo día de cónclave. La *fumata* blanca salió de la chimenea de la Capilla Sixtina, como un cordón de plata reptando sobre el atardecer. Minutos después, las campanas comenzaron a repicar en la Plaza de San Pedro confirmando la esperada noticia. Un cardenal chileno anunció al mundo el nombre del nuevo Papa, con la fórmula '*Annuntio vobis gaudium magnum Habemus Papam*'.

*

Después que el Papa Benedicto XVI hubo saludado a la multitud congregada en la plaza de San Pedro, él y los cardenales disfrutaron de una cena que incluyó *champagne*, y fue alegrada por canciones muy lindas y apropiadas - señaló un arzobispo inglés-. La afirmación del prelado nada tenía que ver con la impresión causada al Obispo de Roma, ya que los cantos elegidos, así como los intérpretes, ofendieron íntimamente a Benedicto, quien sintió como un cínico regalo lo preparado por el pequeño y poderoso grupo de la Casa Pontificia para el final de la velada. Se trató del relato musical de *Carl Orff*, quien creó su ópera con una selección de veinticinco de los trescientos cantos goliardos hallados en 1803 en el monasterio benedictino de Beuern de Bavaria, y que reseña una jornada nocturna colmada de amores orgiásticos, brindis en canto de contenido crítico y satírico a las figuras de

poder terrenal y temporal por cuenta de los goliardos, monjes medievales famosos en Alemania por su vida licenciosa, juguetona y desordenada dentro y fuera de su monasterio.

Los versos del primer canto –*Fortuna Emperatrix del mundo*– dicen:

¡Oh, Fortuna!

variable como la Luna,

como ella creces sin cesar

o desapareces.

Un día, jugando, entristeces a los débiles sentidos,

para el día siguiente llenarlos de satisfacción.

La pobreza y el poder se derriten como el hielo ante tu presencia.

¡Oh luna de Baviera, bendice a tus hijos donde sea!

*

Una de las primeras medidas de Benedicto XVI, fue dar las gracias a su leal Sor Pascualina. Razones de Estado le exigían otro tipo de asistentes, puestos para los que había una extensa lista de brillantes sacerdotes, tanto como otras religiosas que ya formaban parte del patrimonio del Vaticano. Algunas habían servido a Juan Pablo I, Juan Pablo II, y seguían exigiendo su derecho al protagonismo.

La incondicional servidora sintió la finalización de sus funciones, como una deslealtad solo comparable con la traición de un amante. Los últimos días que prestó servicio para el nuevo Papa, fueron de gran sufrimiento ya que un abismo se interpuso entre ellos. No fue sino hasta el último día, cuando su antiguo patrón la recibió en su capilla privada, y tomándole de las dos manos le dijo. – Sor Pascualina, no será posible reemplazarla, pero veré como me las arreglo. Luego sacó del bolsillo de la sotana, un estuche azul que abrió con el cuidado de un experto pianista. Era una caja con olor a

sándalo que contenía un pequeño anillo de oro con una piedra sin brillo. – Este anillo fue un lujo que me di al egresar del seminario... tú lo mereces.

- ¡Eminencia!, me honra ser recompensada por quien sigue los pasos de San Agustín.

- ¡Algunos pasos Sor Pascualina!, ¡algunos! – repitió acercándola a él y abrazándola como si se diese una última oportunidad para acariciar la cara flacucha de quien lo acompañó en los últimos años.

- Si pudiese serle útil, Eminencia... no dude en llamarme y me tendrá a su lado de inmediato. –sentenció con la voz entrecortada.

Sor Pascualina pasó a prestar servicios en la Misión del Vaticano en Berna, donde se unió a un extenso grupo de monjas mexicanas que disfrutaban del buen humor del Nuncio, quien las deleitaba con sus operetas a la hora del baño matinal.

Entre la lista de jóvenes Secretarios que aspiraban trabajar en el entorno del Pontífice, algunos acumulaban méritos que nada tenían que ver con el corazón y el cerebro. Estos *cadetes* formados en la Academia Pontificia, pusieron empeño en aprender la elegancia diplomática y el *charme* de la conversación, cuando en realidad Cristo jamás fue diplomático. La mayoría había llegado a posiciones de privilegio gracias al padrinazgo de algún obispo de peso, o por su cercanía a la Secretaría de Estado. Pero lo que tenían en común eran sus refinados gustos por la buena mesa, la música culta, la imagen personal, la conversación cuidadosamente frívola y el amor al arte... todo el Vaticano es arte, y más allá de sus fronteras, los curas de prosapia exhibían en sus departamentos, piezas de colección tales como óleos religiosos o cerámicas de Picasso.

Lejanos quedaron los tiempos de privaciones, cuando bañarse en invierno era un extraño rito, lejanos los días de sentarse en cuclillas sobre el piso del gallinero. Desde hacía años Joseph había aceptado las reglas del juego de vivir en palacios. El poder impone sus exigencias en cosas tan sencillas como la renuncia a la pobreza. Si bien lo incomodaba, convivió y se valió de cardenales sibaritas, y de los de conducta perversa. El sabía perfectamente de la existencia de purpurados poseedores de propiedades en las zonas más cotizadas de Roma, conocía el tráfico de influencias, de divisas, los amores entre la Francmasonería y sectores corruptos del Vaticano... de a poco los iría marginando.

*

Benedicto acogió entre sus colaboradores, -como a un mueble heredado- Al incondicional León Maglione. El Papa estaba al tanto de los *talentos* de éste en la indiscreción, motivo por el cual Juan Pablo II lo había protegido. Dándole la responsabilidad de ser su Ayudante de Cámara, podría administrar la repartija de infidencias; saber a qué rincón de la Santa Sede llegarían sus ideas. Desde hacía mucho tiempo estaba alerta, no en vano el Papa Wojtyla en una ocasión le había leído del anuario pontifical, los nombres y apellidos de la facción de cardenales y preladados intrigantes, presentes en todos los dicasterios de la curia... no había nada nuevo, nadie más que Ratzinger conocía el manejo del poder, y lo seguiría usando más allá de las restricciones que pretendían imponer desde su propio entorno. Tenía setenta y ocho años, y las ojeras estampadas para siempre en su mirada, se volvieron la burla preferida de la prensa, que lo presentaba como un vampiro que creció alimentado con la sangre inocente de las víctimas de la Segunda Guerra... *hasta me incorporaron por la fuerza a las juventudes hitlerianas.*

6

Benedicto comenzó a planificar los cambios, no solamente la vuelta a la *misa tridentina* y el *Dominus Iesus*, que ubicaba a la iglesia católica como a la única de indiscutible legitimidad. El produciría una reorientación para recuperar el cristianismo de los ricos cantos gregorianos. Pero era consciente de los obstáculos presentes en el poder paralelo de la alta jerarquía, atada a los privilegios de sacerdotes disfrazados, que actuaban como espías dentro de la Santa Sede, por un lado impartiendo bendiciones y por otro, descifrando los secretos del Papa. La red comúnmente conocida como *Sodalitium Pianum*, realizaba los trabajos de inteligencia que desde principios del siglo XX, fueron de gran utilidad a los Papas; Benedicto la había empezado a manipular durante su desempeño como prefecto de la Congregación para la Doctrina y la Fe, época en la que realizó importantes hallazgos de complots, a cargo de infiltrados en el interior del Vaticano, Los Legionarios de Cristo, Los Caballeros de Colón, la Orden de Malta... Tenía que producir cambios profundos en la iglesia, utilizando la sorpresa del hecho consumado, para lograr evitar la oposición de las fuerzas de la oscuridad. Él no podía confiar en nadie, ni siquiera en los muros de plomo inhibidores de frecuencias que evitan el envío de comunicaciones hacia el exterior.

Se serviría de algunos miembros de la **Casa Pontificia**, tales como el Príncipe asistente al Solio Pontificio -usualmente parte de la nobleza italiana-, el Capellán de Su Santidad, a alguno de los Camareros Secretos, y al propio Ayuda de cámara del Papa, cargo para el cual León Maglione estaba muy dispuesto, ya que confiaba en seguir ascendiendo con la ayuda del *Gran Arquitecto*, y por ser considerado persona encantadora; reputación sustentada en su imagen andrógina de imberbe palidez, cuya delicada voz de *castrati* le otorgaba dulzura de eunuco muy aplaudida durante las interpretaciones de música sacra.

*

La iglesia católica enfrentaba graves problemas. Por un lado, el económico a consecuencia de juicios multimillonarios en su contra -las comunidades de Boston y California quedaron prácticamente en la bancarrota- A esto se sumaba la falta de vocaciones religiosas y el creciente materialismo de la "seductora" sociedad globalizada. La hipocresía de la alianza entre Estado, Capital e Iglesia produjo el descreimiento de los fieles y el alejamiento de éstos a favor de sectas pentecostales y de vulgares mercachifles; lo que no se pudo contrarrestar ni con el sacrificado trabajo de religiosos notables como el abate Pierre o la Madre Teresa. En contraste la publicación de escándalos obtenía espacios centrales en la prensa.

¿Pero cómo hacer para preservar las riquezas y el poder del Vaticano, permanentemente expuestos a la rapiña y a la inmoralidad de un pequeño grupo de pastores al servicio de Satán? La solución sería posible sacándose el lastre de los **hombres escombros**; para lo cual habría que rediseñar la estructura jerárquica, y retomar el camino del cristianismo primitivo. La meta de lograr una organización más pequeña pero más fuerte llegaría con el apoyo y entusiasmo de las masas, sedientas de un cambio revolucionario que condujese a un retorno a las fuentes. Para esto no se debería esperar la venida del Mesías, ya que la hecatombe se encontraba en la cuenta regresiva. El líder del nuevo catolicismo debería surgir de su propio seno, sin pérdida de tiempo ¿y quién mejor que el Papa, para erigirse en renovado baluarte de la Iglesia? El poseía los méritos suficientes, además de una ventajosa imagen mediática, consolidada a partir de los sucesos producidos en el año dos mil ocho, cuando ante la ofensa de un sector del profesorado y alumnado de la Universidad de La Sapienza, que lo tildó de "inquisidor enemigo de Copérnico y de la ciencia", reaccionó con calma, para llevar adelante una estrategia política, que desde la debilidad logró la fortaleza de

su figura al aglutinar en la Plaza de San Pedro a una multitud que lo apoyó apasionadamente, transformándolo en un político tan excelso como su predecesor.

Ese suceso dejó en claro la secularización de su investidura, y la necesidad de “bajar” al terreno fangoso de la política. Un aliado de la verdad como Benedicto, entendía que el apoyo del rebaño se lograría por medio de manifestaciones como la ocurrida entonces en la plaza, y no por medio del rezo diario de los fieles.

Era el hombre fuerte de la iglesia, y como representante de Dios y mediador en los conflictos terrenales, haría valer su autoridad para tomar medidas drásticas que le evitasen al Vaticano la pérdida de su protagonismo de siglos. Tenía plena conciencia del desafío y estaba dispuesto a encontrar la fórmula para mantener la fidelidad de la iglesia. Era hora de recobrar el respeto a Dios; en eso estaban de acuerdo sus allegados directos -no más de tres notables- A ellos les confió la posibilidad de anunciar el Tercer Secreto de la virgen de Fátima... ***El fin del mundo.***

La idea estalló en el gozo de los sabios, ancianos que reaccionaron espontáneamente, dándose abrazos y enérgicos apretones de manos, al tiempo de congratular al pontífice por su magistral propuesta, y de augurar la vuelta inmediata de los descarriados al seno de la madre iglesia. “La vuelta al temor a Dios”... ¡Benedicto era un genio! El plan fue bautizado con la clave “*ipse dixit*”. -Como dijera su antiguo protector, Hans Kûng, “Ratzinger se sentiría más a gusto en la Edad Media”.

El gran riesgo para la reputación del Vaticano estaba en la estrategia elegida, ya que anunciar el fin del mundo era una “apuesta” que podría volverse un *boomerang* contra sus ideólogos. Por lo tanto, esa información se daría gradualmente, decantándose, goteando como un buen licor desde el pequeño círculo enquistado en la Casa Pontificia, hasta llegar a los miembros del colegio cardenalicio, quienes conocerían el contenido de la Revelación de Benedicto por medio de los personajes elegidos, y muy especialmente de boca del Ayudante de Cámara de Su Santidad.

Como estaba previsto, la euforia generada por el plan desbordó rápidamente los límites del Vaticano, y como si las cuestiones de la iglesia fuesen sobre rieles, se percibía un clima de renovación, muy difícil de comprender para quienes ignoraban los motivos. Los fortalecidos obispos comenzaron a diseñar planes para la recompra de templos que habían sido vendidos por comunidades, que con esa medida extrema intentaron subsistir. Los Lefebvristas, los Heraldos de Cristo, el Opus Dei, empezaron a movilizar sus juventudes para que *tomaran por asalto* iglesias que habían sido profanadas para transformarlas en discotecas, restaurantes y centros culturales. El renovado temor a Dios haría fluir como un torrente a las masas juveniles

hacia la búsqueda de la salvación... ¡nunca más templos vacíos! –Gritó el obispo de Pamplona- durante un cónclave de obispos de la Unión Europea, reunión en la cual se reivindicaron los ritos tradicionales, a más de exhibirse las antiguas vestimentas que por derecho se les eran conferidas, incluyendo, el uso de estilizados mocasines rojos –de sabida preferencia de su Santidad. Rápidamente el fervor de la curia trascendió al *rebaño*, y jóvenes partidarios reivindicaron que "*la trasnochada y engañosa generación de la revolución sexual está muriendo y una nueva generación de jóvenes de Benedicto XVI se está apoderando del control*". Muchos sacerdotes volvieron a llevar sotanas, y durante las celebraciones religiosas se generalizó el uso de la liturgia en latín.

Un monseñor milanés declaró a la prensa: - ¡Es cierto, es evidente el renacimiento de la fe!... Es también muy cierto que con la creciente participación de los miembros contribuyentes, pronto podremos recuperar templos para la religión.

El rechoncho obispo de Génova daba reportajes sentado en su escritorio, irradiando el bienestar que confieren los poderes recuperados, merced a la bien planificada campaña de prensa, que ubicó a los curas en posición victoriosa.

7

- ¡Te prepararé *tu* ensalada!
- ¿La siciliana?
- ¡Ecco!

Los dos hombres se encontraban sumergidos en una conversación edulcorada, disfrutando sin complejos el aroma de la trasgresión perfumada con el incienso que se quema durante la liturgia. León Maglione, se prodigaba en atenciones para Lorenzo Cipolla; imberbe periodista, de poca trayectoria pero de suficiente arte para sacar infidencias al cura, quien, entre lágrimas y sollozos le confesó: - Falta muy poco para el fin del mundo... ¿entendiste?

-¡No entiendo! –Dijo con tono suplicante, esperando ansioso una aclaración a semejante ocurrencia.

- ¡Nadie entiende al déspota!

- ¿A quién?
- ¡Al pastor germano come quesos!
- ¡No seas malo! ¡El te quiere!... eres hombre de su confianza!
- ¿Y tú?... ¿me quieres a pesar de la mala noticia?
- ¡Eres irónico Leo!

No en vano Maglione era apodado *el cortesano*, una especie de *gourmand* de intrigas que trascendían el *mundo espiritual*, al punto de inspirar a un famoso estilista, quien en la Semana de la Moda Masculina de Milán, lanzó la colección "Leon", justificando la elección del cura Maglione en una declaración que hizo a la revista *Vanity Fair*, en la cual lo describió como "rubio de labios carnosos, un hombre que cuida sus músculos, pero busca también sus cualidades interiores y entrena los músculos del alma". A través de él se gestionaban entrevistas "imposibles" con la alta jerarquía. Pero el Papa jamás daría confianza a ese *lobbyste*, solo lo usaría convenientemente. Desde que había sido nombrado Ayudante de Cámara se le acercaron ricos aventureros, trepadores sociales que pagaban generosamente para ser incluidos en la fiesta de algún cardenal. León utilizaba muy bien el piso familiar, un antiguo palazzo de la Calle Mazini, que poco a poco se fue repoblando de pinturas del *ottocento italiano*, así como de tallas religiosas, entre las que destacaba un cristo penitente originario de las Misiones Jesuíticas, regalo de un embajador paraguayo que había pretendido exponer al Secretario de Estado, -gracias a los buenos oficios de Maglione-: "la necesidad de un cardenal para el sufrido pueblo del Paraguay".

- ¡Imagínese Padre, somos una reserva para la cristiandad, seis millones de fieles, y nunca un Cardenal!... ¿cómo se entiende que un país como Tailandia con sólo doscientos mil católicos, tenga uno?; ¡Hong Kong ya tiene cardenal!... ¡Por favor! – espetó con aire actoral.
- Coincido con Usted Señor Embajador... buscaré la forma de sensibilizar a la Secretaría de Estado. -Dijo el cura, consciente de la candidez del pedido, de quien se hacía llamar "protector del arte sacro"; dueño de una inmensa colección de reliquias religiosas, obtenidas en trueques a cambio de la electrificación de una iglesia, o la provisión de una heladera que asegurase el frío a las bebidas de algún párroco.

La noche había sido particularmente desagradable, las consecuencias de comer demás no solo se pagan en conciencia; sino en las tripas. Pero el festejo por la elevación a la santidad de Juan Pablo II, merecía una renuncia a la dieta impuesta por los médicos.

-*iMangi, Mangi* Santidad! – la noche anterior lo había recomendado el siempre solícito Maglione.

Benedicto se esforzó, mostrándose flexible ante quienes le temían, y comió a pesar de la inapetencia causada por una diarrea rebelde que generaba ruidos que ensordecían los propios latidos del corazón. Parecía que la rutina del poder, el control de las cientos de variables que exigía el caso "ipse dixit" lo estresaba a punto tal que había abandonado sus ejercicios de meditación. Sufrió un extraño desequilibrio anímico que no condecía con su íntima relación con el Altísimo. Las dudas no serían otra cosa que injerencias del demonio, ante las cuales no podría mostrar debilidad la persona que se erigiría como salvadora de la Fe.

-*iEl té sin leche!* - dijo sin mirar a quien lo servía.

Se inclinó sobre las rodillas para ajustarse los zapatos blancos de seda, y se subió las medias para atemperar el frío de la habitación palaciega, después se apoyó con fuerza sobre los apoyabrazos, que apenas soportaban el peso de su autoridad. Estiró el cuello dejando la cabeza horizontal, para perder la mirada de azul nublado entre los frescos del techo. Le pareció estar más cerca de Dios y creyó pisar las nubes. Caminó entre los ángeles y le dijo algo al oído al propio San Pedro. Largó una carcajada ante la ocurrencia y volvió a los papeles, sorbiendo el té que ya se había enfriado.

Esa noche estaba encendida la chimenea, despidiendo humo denso, presagio de anuncios turbulentos. *iLos santos también tenemos derecho al descanso!* – reflexionó. El ya había tomado la decisión años atrás cuando fue elegido Papa, pero jamás lo había dejado entrever como posibilidad. "Ya está", es mi propio deseo, es el uso de la libertad que me confiero por encima de los hábitos de la curia plagada de cortesanos, que a pesar de rendirme pleitesía pretenden interferir en el gobierno de la Iglesia. iTontos pastores que creen que la silla de Pedro se gana en una campaña política!, ipolitiqueros! eso son. Imagínense a esos curitas... ique tupé!, dar muestras de desinterés en el papado, dando reportajes a la televisión. iválgame Dios!... con señores como esos, parecería que la mediocridad es una obligación para la curia vaticana.

- Su Santidad, permítame comentarle lo que solicitó con humildad cristiana el Embajador del Paraguay.

- ¡Sí hijo!
- Se aproximó a mí para expresar la necesidad de un Cardenal paraguayo.
- ¡El primer Cardenal! –reflexionó-. -Usted sabe de la crisis de fe, Usted sabe de la necesidad de expandir la presencia de la iglesia en los extremos del mundo... ¿imagínese lo que sucedería con la creciente influencia del Islam, en caso de no fortalecer nuestra estructura en países estratégicos?... Además, pronto el Brasil tendrá un nuevo Santo, y el resplandor cubrirá más allá de sus fronteras, adentrándose en el Paraguay y en los países vecinos. ¡A veces pienso que al Sur del Mediterráneo, los pensamientos lúcidos son escasos! ¿Para que quieren un Cardenal, para aproximarse a la autoridad, a la cima de la jerarquía, para molestar?
- ¡Santidad, la hora ha llegado!
- ¡Ahh!, la hora... -Suspiró, y se puso de pie con la parsimonia que exigen los años acumulados en las articulaciones. Quedó inmóvil un instante, el necesario para aconsejar: – Dígale al Embajador, que el Paraguay ya tiene un Obispo presidente.

La casa Pontificia había propuesto hacer el anuncio desde el balcón de la plaza de San Pedro, los cambios que se avecinaban merecían la mayor difusión mediática. Benedicto decidió que el ámbito propicio era la basílica durante la misa del Gallo, ya que no se trataba de un anuncio irrelevante sino de algo de inmensa trascendencia para toda la humanidad.

9

El templo rebosaba de público y no era para menos ya que los medios de comunicación de todo el mundo habían publicado desde hacía meses, las supuestas indiscreciones de un alto miembro de la curia que había dejado filtrar el contenido de la "Tercera revelación de la Virgen de Fátima": ni más ni menos el Fin del Mundo.

Para aumentar las especulaciones entre los medios, Monseñor León Maglione fue trasladado a cumplir servicio a la Nunciatura en Lagos.

El esperado anuncio sobre la Tercera Revelación crispaba los nervios de creyentes y agnósticos. El propio Benedicto se había encargado de desmentir el rumor que señalaba el intento de asesinato cometido por el turco Ali

Aghka contra su predecesor, como la Tercera Revelación de la Virgen. Ese tema fue motivo de especulaciones periódicas, siendo la más recordada, la de Francois Laurentin, según las cuales el tercer secreto de Fátima podía haber sido revelado en 1960 durante el periodo de preparación del Concilio Vaticano II. Hasta los judíos se comenzaron a inquietar ante el posible anuncio del Papa.

El suspense creado por Benedicto ensombreció los más “prestigiosos” escándalos internacionales, y como lógica consecuencia la basílica ardía la noche de la Misa del Gallo. Era una colorida estampa, compuesta por diplomáticos condecorados, cardenales, Jefes de Estado, benefactores de la iglesia, nobles y pueblo, mucho pueblo, sobre todo en la plaza, y en las casas romanas y en el resto del mundo gracias a los derechos de la televisación. Sería una excelente oportunidad para observar y fortalecer el espíritu católico, últimamente renovado con la conversión al catolicismo del ex Primer Ministro Británico Tony Blair junto con un numeroso grupo de políticos ingleses y escoceses.

La aproximación del Papa al altar, fue acompañada por un silencio respetuoso, solo alterado por la inocultable euforia de hombres y mujeres que comenzaron a sollozar, como si la verdad ya hubiese sido revelada. Pánico era lo que se percibía en la acelerada respiración de los presentes, pánico producido por la certeza del temible anuncio que hacía tiempo se había ido filtrando a través de la prensa. Motivos no faltaban, el ser humano había ofendido a Dios sin ningún remordimiento, con las guerras, la pornografía, la mezquindad, y con toda clase de inimaginables injusticias, y sería Benedicto XVI, un Papa de mirada fría, el encargado de dar a conocer el veredicto de Dios sobre el futuro de la humanidad.

Cuando ordenó *“Nos ponemos de pie”*, la tercera parte del público quedó petrificada sobre sus asientos, desmayados por la tensión que generaba la ansiedad.

Durante el sermón dedicado a la parábola de los talentos, el Sumo Pontífice introdujo los pensamientos que sirvieron de base a la *revelación* que iría a proponer. Apoyado en la sabiduría de sus ochenta y cinco años, sujetó el atril en que reposaba la Biblia, y comenzó a hablar pausadamente:

- *“Alguien pretendió profetizar que pasará más de un siglo antes de que se admita el matrimonio sacerdotal... He andado suficientemente para afirmar que el matrimonio de los curas es posible, y más que posible, es necesario...”* - Su sereno recitado liberó un gemido que sonó como un aullido; la consternación se había expresado salvajemente, y un nuevo ¡Uuuuuuuu!, se volvió a escuchar... ¿Benedicto estaría en sus cabales?, ¿los presentes sufrirían una alucinación colectiva?

El Papa siguió hablando: "... *ya que se reivindica a curas católicos casados y, sobre todo, reivindica al Evangelio*"... -Los gemidos del público terminaron por parecerse a suspiros de alivio, por la gran felicidad que causó, no la revolución que acababa de proponer Benedicto, sino porque el planeta tierra y la humanidad se habían salvado.

Siguió hablando para acallar los susurros histéricos de los presentes, argumentando su decisión.

- "*Hace algunos años la Congregación para la Doctrina de la Fe, estudió y autorizó el caso de un religioso. Esa experiencia, al igual que otras muchas miles se realizaron a espaldas de la iglesia; hoy sin embargo estamos en condiciones de producir una verdadera revolución cristiana, confirmando que es correcto, evangélico y urgente el ejercicio del ministerio de curas católicos casados.*" Las palabras del Papa acababan de encender la mecha, y estallaron aplausos que sonaron como una interminable lluvia de granizos, dando por terminado el sermón. Cuando el Papa pretendía volver a tomar la palabra, volvían los enrojecidos aplausos; dos, tres, cuatro intentos en vano, y no tuvo más opción que dar la bendición *Urbi et Orbi* y retirarse discretamente. El templo se había transformado en un gigantesco salón de fiestas que albergaba a una multitud fuera de sí.

Acto seguido, el cincuenta por ciento de los cuatrocientos cincuenta mil curas se apuraron en regularizar las situaciones de hecho, por si acaso había un cambio de opinión. No se esperó decreto, bula, ni nada parecido, verdaderas fiestas populares estallaron en las principales parroquias capitalinas y en pequeñas iglesias de los barrios marginales del Tercer mundo. Hubo celebraciones dignas de bodas farandulescas, la mayoría de ellas consistían en la formalización de viejos vínculos, evidentes por la edad de los contrayentes, éstos acompañados de extensa prole... dos, tres y hasta cuatro hijos; muchos de ellos dejaron de llamar "tío" a su padre y por primera vez llenos de orgullo pudieron decirles "papá".

Contra la testosterona no se puede, tituló un pasquín inglés. Y como de muestra vale un botón, se dio gran difusión al caso de un cura que daba clases de Formación Social, Moral y Cívica, quien no esperó el amanecer para acogerse a la infalibilidad de la palabra del Santo Padre, y mostrarse tal cual era, un artista enamorado. Se casó con mucho despliegue, gracias al patrocinio de una cadena de televisión, y la opinión pública lo premió ya que fue sincero consigo mismo. Lo que la iglesia no le perdonó fue el haber reivindicado públicamente "*el gran acto de coraje civil de Benedicto, quien como Lutero, proclamó en tiempos de las hogueras de la Inquisición que los sacerdotes podían casarse y tener hijos*".

La reacción del *establishment* no se hizo esperar. Sonaba a cantos de grillos afónicos que recalentaban la ciudadela con rumores y más rumores,

alimentados con las incoherentes declaraciones de cardenales que no sabían qué, ni querían opinar. La prensa especulaba y echaba a andar trascendidos que hablaban de jubilar al Papa: el propio Benedicto había anunciado su intención de retirarse en el caso de estar imposibilitado para desempeñar tal responsabilidad. Independientemente del estado de salud del "Vicario de Cristo", en el Vaticano se comenzó a librar una pugna por la (re)orientación de la iglesia católica y por el probable sucesor.

El aspecto tímido y hasta "frío" de Joseph Ratzinger, que para unos había sido motivo de alabanzas y para otros de duras críticas; finalmente reveló que lo reservado de su carácter escondía ideas peligrosas. Benedicto comenzó a mostrarse en público con sus mascotas montadas sobre las rodillas, como si éstas fuesen dos panteras reposando sobre la nube blanca de su sotana.

La Secretaría de Estado, emitió un comunicado sobre la decisión de Benedicto XVI, y ya no quedaron dudas que los principales puestos de la Iglesia estarían destinados exclusivamente a religiosos célibes, adoptando así una solución "salomónica" que imposibilitaba a los curas casados el acceso a rangos superiores. Para ello se hacía valer el Evangelio: *Entre los consejos evangélicos sobresale el precioso don de la "perfecta continencia por el reino de los cielos" don de la gracia divina, concedido a alguno de los padres para que se consagren sólo a Dios con un corazón que se mantiene más fácilmente indiviso en la virginidad o en el celibato. (cf.1 Co 7, 32-34).* Se leía en la parte central del Documento Vaticano.

Contraatacando, la prensa dio realce a una mesa redonda en la RAI, en la cual un franciscano expresó sus argumentos:

"Las primeras comunidades cristianas elegían a sus padres, entre los hombres casados, incluso los apóstoles que fueron elegidos por Cristo, tenían familia, mujer y niños...".

Esta y muchas otras afirmaciones pasaron a formar parte de discusiones en televisión, charlas de café, y en acaloradas reuniones familiares. Pero por encima de esto, un aire fresco deleitó a la cristiandad; parecía haber llegado el fin del mayor de los traumas, "El Corriere Della Sera", tituló en letras de catástrofe: **"No llegó el fin del mundo, llegó el fin de la hipocresía"**. Benedicto XVI fue elevado a la categoría de "hombre del milenio", no solo por la revista "Times" sino a través de comentarios oficiales de los países integrantes del "Grupo de los ocho", y hasta en la ONU. Pero al *interior* era imposible convivir con lo que los conservadores llamaban sin eufemismos, "la traición de Benedicto". Muchos se culparon de no haber oído la señal lanzada por el cardenal austríaco Christoph Schoenborn, estrecho amigo de

Ratzinger, quien hacía unos años había **profetizado**: “No recomendaría creer que ya se sabe ahora todo sobre lo que se puede esperar del nuevo Papa (...) De Juan XXIII hemos vivido grandes sorpresas, también me las puedo esperar de Benedicto XVI”.

*

¿Qué más daño podría hacer el Papa? Se preguntaban los heridos sectores del *Vaticano invisible*. – ¡No permitiremos que un viejo *gagá* deshaga lo que construimos durante siglos! - Gritó enervado el Gran Maestro de la Logia, ante selectos invitados de la curia, oficiales retirados de las Fuerzas Armadas y políticos. El Vaticano estaba convulsionado, el entorno del Papa irradiaba temor entre los conservadores que veían desmoronarse su estructura de privilegios. El pueblo de Roma realizaba diarias manifestaciones de apoyo al pontífice, y San Pedro por primera vez se llenó de una muchedumbre que no llegaba a un museo, sino a la casa de Dios.

A esa altura de las circunstancias, ya nadie dudaba de otra posible “revelación” por parte del *Santo Padre*, quien, de haber sido tildado de ultra conservador pasó a que lo llamaran **el revolucionario**. De modo que cuando Benedicto expresó su decisión de jubilarse, nadie se sorprendió.

El Papa mencionó la regla que impone la dimisión de los obispos a los 75 años, y *que nada impide invocarla para imponerla al Obispo de Roma, al Papa*. – Ya en tiempos de Juan Pablo II, él había solicitado varias veces su retiro.

Uno de los Cardenales deseó congraciarse por última vez con quien había sido su maestro y ensayó una frase protocolar, - “el obispo es un padre, no un empleado, y los padres no se jubilan”.

- Ciertamente Eminencia, Usted puede tener la seguridad de que mis plegarias lo acompañarán desde donde me quieran albergar, y hasta el último de mis días entre los vivos.

El cónclave había entrado en una sensación de placentera modorra, nadie tenía el menor interés que el Papa cambiase de opinión. El mal estaba hecho, en todo el mundo resurgieron los curas contestatarios, y se fortaleció la idea de una Iglesia paralela a la romana, fuertemente vinculada a la *teología de la liberación*. Parte importante de los curas concubinos legalizaron su situación, mientras que otros, para sorpresa de los fieles no

reconocieron a sus parejas, y prefirieron seguir con prácticas mezquinas. Pero el aspecto resaltante de la decisión de Benedicto, fue la recuperación de las masas tercermundistas para el catolicismo, en desmedro de las iglesias pentecostales, que hasta ese entonces habían crecido como un cáncer virulento en América Latina y en el África. Benedicto había frenado la enfermedad, ahora se imponía la urgencia de encarrilar a los curas recién casados en la senda del cristianismo primitivo. El rebaño aceptaría la vuelta al latín, dada la fuerte carga emocional de esa liturgia, sobre todo en comunidades donde perdura el imaginario de las religiones ancestrales prometedoras de la predestinación.

San Agustín, tuvo una juventud desviada doctrinal y moralmente; Benedicto fue el caso inverso.

Karlota Bruni.

10

Cuando se anunció la jubilación, Benedicto XVI recibió propuestas de obispos deseosos de hospedarlo en conventos o monasterios diseminados en el mundo entero, tampoco le faltaron invitaciones de la nobleza europea y de millonarias damas pías. De hecho, Joseph no tendría que preocuparse por la administración de sus bienes, ni molestarse en pagar una cuenta de luz o teléfono. Sus últimos años estarían dedicados a la meditación, y tal vez a la reescritura de sus memorias. El Vaticano le sugirió que disfrutara de su retiro en unos departamentos ubicados frente al *Jardín de las delicias, para que Su Santidad pasase sus últimos años protegido por la Guardia Suiza, - así como vigilado por el ala conservadora, que había sido duramente afectada con los cambios por él introducidos-*. Para evitar manipulaciones y especulaciones previsibles, Joseph Ratzinger se adelantó a las propuestas y anunció públicamente su regreso a la madre patria, a las fuentes de su añorada juventud, a la Bavaria que lo vio crecer. Como era de prever, se hospedaría en el Palacio Arzobispal de Munich, construcción que lo había albergado durante sus años como cardenal de Munich y Freising.

La llegada del "ilustre compatriota" -así denominado por la Canciller Federal-, estuvo cuidadosamente planificada por un comité de recepción encabezado

por el presidente de la República Federal, la mencionada Canciller y por el ministro presidente de Baviera. Su traslado al palacio arzobispal de Munich fue saludado por miles de entusiastas admiradores que en días sucesivos se acercaron hasta allí, para recibir la bendición desde el balcón. Pero Joseph ya no era Papa, y para dejarlo en claro nunca agradeció las muestras de admiración de su pueblo; solo el Secretario General del Arzobispado leyó un breve comunicado por medio del cual se agradecían las muestras de afecto de los muniqueses y se solicitaba comprensión y respeto a la intimidad del Papa jubilado.

La hermética construcción del Palacio, delimitada por pesados muros de piedra que soportaron como una fortaleza las inclemencias de tempestades y explosiones, fue la encargada de salvaguardar su intimidad de las miradas indiscretas.

En el ala izquierda, además de encontrarse la sala de porcelana destinada a reuniones oficiales, se halla la biblioteca de ejemplares incunables, protegidos por la eterna penumbra de un claustro de gruesos y ciegos muros, similares a las paredes de un coliseo ovalado, que se eleva a las alturas de un segundo piso por medio de una galería que balconea sobre el gran espacio. Allí solo se ingresa con autorización exclusiva para estudiosos de probada fidelidad a la iglesia de Roma, ninguno de ellos deja de calzarse los forros de lana que protegen los centenarios pisos de roble. Trasponiendo un corredor lateral a la biblioteca, se llega a una habitación con aires de museo, de cuyas paredes penden retratos de nobles y cardenales bávaros, destacándose uno del Papa Benedicto XVI, ubicado sobre la gran chimenea de piedra, especie de altar en el cual danzan llamas eternas. Al costado de la estufa una puerta disimulada con los dibujos de la *boiserie*, lleva a una sala donde se incorporó un sistema de silla mecánica, que funciona como ascensor y que sigue el circuito circular de la escalera. Es un largo recorrido de tres niveles hasta llegar a la planta alta del palacio, *piano nobile* adaptado para el departamento de Joseph Ratzinger, que incluye una amplia habitación para su ayudante de cámara, la incondicional Sor Pascualina.

*

Joseph recorría el amplio apartamento oliendo intensamente los recuerdos del pasado. Sentía viejas fragancias remontadas a la infancia, y al cerrar los ojos surgían con claridad los sitios en los que habitó durante el deambular familiar: la casa de la abuela con su patio de tierra negra proveedora de ricas patatas... los aromas de los rincones oscuros. A esa memoria de los primeros años sumaba sin quererlo, experiencias nuevas que parecían impuestas por el temor inconsciente de su limitado porvenir.

En la ordinaria cotidianidad descubrió los placeres sencillos y el gozo de la lectura trivial, dándose además licencia para interpretar sonatas de piano

hasta más allá de la medianoche, sin tener que pensar en otra cosa, que en él mismo.

Pascualina le servía el té durante los atardeceres en la terraza, cuando los delicados cortes con la tijera daban forma a los limoneros, rosales y a dos bonsáis que le había regalado el emperador del Japón.

A los hábitos de Joseph, la mujer maya le sumó el del buen comer, entendiéndose por esto algunas salsas estimulantes a base de ajíes mexicanos y frutos de mar, en pequeñas cantidades, atendiendo a la falta de costumbre y a la avanzada edad del pastor alemán. La cincuentona centroamericana actuaba delicadamente, siguiendo al pie de la letra el único libreto en el cual encajaba. Con amorosos movimientos le introducía en la boca cucharas de plata con manjares exóticos.

- ¿Por qué me envió a Berna... si podríamos haber vivido juntos la gloria de su misión?

- Quería preservarla de la maldad Sor Pascualina, no podía exponerla.

- ¿Por qué el resto de los curas se pudo beneficiar con su valiente restauración del derecho al matrimonio, y nosotros debemos ocultar el afecto que nos une?... Eres un sabio, un anciano que no necesita la gracia del sexo antes de morir, pero yo querido Joseph querría yacer a su lado aunque sea una sola vez.

- Hermana, como dijo Pío II, Venus me aborrece. Ciertamente, también mis fuerzas disminuyen. Mi cabello es gris, mis nervios están reseco, mis huesos están podridos y mi cuerpo plagado de arrugas. Ya no puedo complacerla.

Sor Pascualina quedó en silencio, buscando respuestas a las palabras de Joseph; ella no había estado acostumbrada a razonamientos complicados, la Orden en la que se formó le había impuesto un estilo de vida... No debía ilusionarse con imposibles.

-¡Mire Sor Pascualina!, mi problema es que soy un joven que carga con una vieja y flácida armadura, quien de no haber sido por Usted, no tendría más satisfacción que oler las flores de las macetas del balcón. En usted, encontré que vale la pena vivir, disfrutar de las cosas visibles e invisibles. No sé si soy claro... ¿me entiende?

-Benedicto, yo le quiero por su sabiduría, su calidez y amor expresados con espontaneidad... por su pasión religiosa, por sus interpretaciones de Mozart y por la marcha fúnebre de Chopin. Le quiero por el modo en que aprendió a aceptarme, le quiero por los gestos, y por la rigidez mística de su carne blanda. Le quiero por sus exaltaciones de madrugada y por el aullido de sus pulmones... le quiero por encima de su condición de ex Papa, le quiero más que a nadie y no podría resistir su ausencia.

- ¡Yo podría ser su padre! -exclamó con tono de resignación, aunque él daría lo que fuera por volver al pasado y poder responder como lo hubiese

hecho en tiempos de sus visitas a la panadería de Gerda-. - ¡Amarla a fondo...! –dijo con pasión, como si los ajíes estuviesen obrando el milagro.

*

Se hizo la noche, profunda y embriagadora, los *prisioneros* dormían entibiados por años de religiosa resignación; Joseph llevaba como única prenda, un largo camión, y Pascualina, vestida a la usanza de las ceremonias paganas, lucía una camisa indígena que dejaba ver y sentir sus pechos apenas caídos..., enredados como ramas trepadoras, sumergidos en el aroma de la selva que fluía de la respiración de la mujer; era la memoria de los ancestros dispuesta a conquistar Europa, para tomarse la revancha por siglos de opresión. En plena ensoñación, Benedicto roncaba su placidez, convencido de haber solucionado las injusticias que aquejaban a la humanidad. Parecería que en la inmensa cama se reencontraban dos mundos, en principio incompatibles.

Entonces, un resplandor púrpura y un fuerte olor a nardos que llegaba desde el pasado, inundaron la habitación con la fuerza incontenible de un maremoto arrasador. Algo se acababa de materializar allí mismo. El hombre despertó oliendo flores, y como si la india fuese parte de un ramo, la abrazó con dulzura, con la pasión de un demorado y ansiado encuentro. Pascualina percibió un milagro y deslizó sus manos hacia abajo, pero con tristeza constató que el anciano sólo podría abrazarla. Aun así, fue contagiada por la euforia interminable de Joseph, quien iluminado por la luz astral que atravesaba las persianas, pareció aceptar sus debilidades por primera vez. Tuvo ganas de bailar, y dejándose llevar por un irrefrenable impulso invitó a su compañera a la terraza, donde danzaron con el fondo de siluetas de techos, cúpulas y torres de la vieja Munich. Había una brisa estival que movía las nubes y los limoneros, el cielo como una pantalla de cine, mostraba escenas de su niñez, paseos en el bosque, juegos de canicas en la plaza.... Gerda, la inolvidable Gerda... Pascualina comprendió y le dijo al oído, -¡Yo soy quien desees que sea!

Por semanas repitieron los bailes de media noche; en amaneceres y siestas, y como adolescentes pecaminosos se mimaban desafiando las miradas indiscretas de las palomas que sobrevuelan la plaza del palacio Arzobispal. Nadie los veía, ellos vivían su clausura separados del mundo, encerrados en el vacío universal. Así lo había decidido la cuidada planificación apostólica romana; la iglesia no aceptaría la **unión de hecho** del que fuera Papa, y solamente a regañadientes se guardaría silencio, esperando que el tiempo lo sepulte en el olvido. Para los deseos de Benedicto, esto parecía ser un conveniente acuerdo de partes; ahora él tenía lo que siempre quiso, tiempo para tocar el piano, para leer, hacer anotaciones poéticas sobre sus

retardadas experiencias amorosas, y entregarse a algún exceso gastronómico. Pero estaba débil, el último esfuerzo en la maratón de toda una vida le estaba consumiendo las energías, como si Pascualina fuese una *viuda negra* que luego de bailar con el macho, terminaría por devorarlo.

*

Era de mañana, en esos instantes en que el cielo se enciende con colores triunfales. Benedicto miraba resignado tras los postigos entreabiertos el nacimiento del nuevo día; creía que la noche de arrepenimientos llegaba a su fin. Durante horas había experimentado una novedosa sensación de asco hacia sí mismo, y sabía con certeza el alto precio que pagaría por haber cedido a la tentación, en momentos que solo la gloria hubiese merecido. Sor Pascualina se había convertido en una carga, como alguien a quien se detesta luego de la consumación del *acto*. Pero la angustia profunda no nacía del arrepentimiento por su relación adúltera, sino del sentimiento de responsabilidad por el fracaso histórico del cristianismo.

El odio le aprisionaba el pecho, y pronto sintió una puntada en el costado izquierdo; al instante visualizó la lanza que clavaron a Cristo y comprendió que comenzaba el castigo. Tuvo ganas de vomitar, pero le faltaba la fuerza vital para expeler los alimentos tóxicos acumulados durante las traspasadas. En ese momento, vio entrar a Pascualina seguida por los gatos que maullaban como niños recién nacidos, comprendió entonces, que sus criaturas habían cambiado de amo seducidas por la magia de la hechicera, ella se mecía rítmicamente con la bandeja del desayuno: té con leche, jugo de zanahoria, un *bowl* con arroz, carne mechada de cerdo, y salsa picante.

- ¿Qué tienes vida mía?

Benedicto no contestó, qué sentido tendría responder a la culpable de sus excesos.

- ¡Respóndeme Benedicto! –dijo sobresaltada, apoyando la bandeja sobre una cómoda, provocando la caída de una imagen de San Roque sobre la salsa picante- . Silencio, silencio.

Jamás pensó que Joseph le negara una respuesta, ya que alguien como él, careciendo de dudas, no se quedaría callado a menos que estuviese enfrentando la inminencia de la muerte; y aunque Pascualina la esperaba no había calculado su cercanía.

Qué pensarán los muniquestes que tanto lo aman, seguramente me culparán, reflexionó la monja. Enrojecida de ira, comenzó a ahogar en lágrimas sus murmullos; pero aun así tuvo la sensatez de llamar a la Secretaría del Arzobispado, único contacto con el mundo exterior... nadie respondió. Estaba en manos de Dios, y haría lo que estuviese a su alcance por mantener a Benedicto con vida.

Con la fortaleza de la raza que construyó las pirámides, lo estiró de las axilas para acomodarlo sobre dos gruesos almohadones. El ex obispo de Roma yacía recostado con la cabeza inclinada hacia atrás, parecía intentar sus últimas bocanadas de aire, con la mirada perdida en una escena de ángeles al pie de la virgen, figuras que lo saludaban desde el fresco del techo de la habitación. Le hubiese gustado elevar los brazos hacia ellos, pero sus manos pálidas quedaron pegadas al crucifijo que la monja le había enredado, dejando traslucir las azules venas y los delgados huesos que mil veces llenaron al mundo de bendiciones. Pascualina había asistido a más de una muerte y entendió perfectamente que había llegado el momento de despedirse de quien fuera el destinatario de su obstinada admiración.

Arrodillada al costado del lecho, rezó el Rosario con frases que fluían a borbotones. Benedicto transformó su mirada implacable en pura resignación, parecía estar oyendo, cuando la mestiza latinoamericana le dirigió unas últimas palabras...

- Amado Benedicto, cuando subas a los cielos y estés a la diestra de aquél que a los treinta y tres años murió en la cruz, no te olvides de mandarle los saludos y los respetos de Bienvenida Urquijo... de Magdalena y Ananeglis, así como de *Cuauhcióhuatl*.

Difícil saber si Joseph Ratzinger la oyó, pero fue el instante preciso en que dio su último boqueo, a la vez de dedicarle una postrer mirada, infectada con la frialdad de sus tiempos de inquisidor.

*

Terminó de amanecer, la espesura de la penumbra se fue diluyendo y las siluetas del vecindario perdieron el gris. Las gotas del rocío se evaporaron como el vaho del perfume de los limoneros que Joseph no volvería a podar, el canto de los pájaros se silenció... la mañana comenzaba a resplandecer. Desde el departamento del difunto se comenzaron a escuchar los lejanos sonidos de la ciudad que recobraba vida.

En las casas, los tazones de café con leche, los panes y las galletas, los periódicos que manchan los dedos de los buscadores de oportunidades; en las oficinas, los desordenados escritorios de los empleados cuidadosos del horario; en las fábricas, los robots que sueldan metales iluminando los hangares con lluvias de fuego; en los pueblos primitivos, miles de manos

callosas tejiendo sueños en telares; en los mercados, las sartenes chisporroteando sus alimentos grasos, como generosas e insalubres ofrendas que vigorizan el color rosado de los consumidores de salchichas; en los pasillos, los perros y los marginales aguardando las sobras; en los colegios, los niños y los jóvenes preparándose para ser parte de la mediocridad; en alguna cama, una mujer yaciendo satisfecha con lo poco bueno que le brinda la vida; en una tienda de electrónicos un adulto justificando su existencia en el acto excitante de comprar; en las muchas esquinas de las ciudades superpobladas, algún niño sonreirá mientras limpie el parabrisas de un automóvil. En algunas reuniones intergubernamentales, funcionarios burócratas obtendrán la recompensa de un portafolios de cuero y de una lapicera *floating ball*. Nadie sabe, nadie sospecha, a nadie le importa la muerte del viejo...

Era un martes cualquiera, bendecido por la perpendicularidad de un sol estival que fue destiñendo la ciudad hasta convertirla en una masa informe de cemento, de donde un aliento caliente se elevó hasta el cielo, nublando los ojos con lágrimas de medio día, como si las almas de los muertos fuesen juntas en procesión a fundirse en el cenit.

Pasaron dos semanas, hasta que el Vaticano informó sobre su fallecimiento. No se dieron mayores explicaciones, argumentando el deseo expreso del pastor alemán, cuyo testamento exigía el derecho a ser enterrado en su patria. Permaneció en Baviera, lejos de las tumbas de sus iguales, dejando sus pocas pertenencias a la curia.

Descanse en paz en la tierra de sus ancestros, finalizaba el escueto comunicado de la Secretaría de Estado Vaticana, leída por Monseñor León Maglione, su novel portavoz. De la monja Pascualina nadie se acordó, oficialmente, jamás acompañó a Joseph Ratzinger durante su "retiro"; es muy posible, que como muchas de las Monjas jubiladas de su congregación, haya vuelto a la sede del convento en *Aguas Calientes*.